

I

UNA MUERTE INEXPLICABLE

La miraba de reajo. Tan poquita cosa... más esmirriada que nunca. Con aquella chaqueta de visón que acostumbraba a llevar... o, ¿quizás era un abrigo corto? Iban en silencio. A veces le parecía oír como si Teresa se ahogara en un sollozo, pero no se atrevía a decirle nada. Iban hacia el tanatorio de *Les Corts*. Las manos tensas al volante, los ojos fijos tan pronto en un punto lejano como en la punta de la nariz. Y el coche que frenaba bruscamente como nunca. O así se lo parecía cada vez que le hacía volver a la realidad un inoportuno semáforo.

* * * * *

Víctor había recibido una llamada telefónica poco antes de las siete de la mañana. Su primera intención fue levantarse e ir a la habitación de las niñas. Odiaba las noches de los viernes. Pero recordó que la mayor, que había salido un rato, regresó

pronto... quizás se tratara de su madre que estaba envejeciendo demasiado deprisa...

—¿Qué pasa? —dijo instintivamente.

—Te llamo desde el Hospital Clínico. Ven... ¡por favor!

—¿Ahora mismo?

—¡Sí, sí!... cuanto antes mejor. Te espero en el vestíbulo principal, ¡ahora!

Comprendió que se trataba de algo importante. Se vistió rápidamente y salió del dormitorio.

—Era Teresa —le dijo a su mujer que se estaba desperezando suavemente a la izquierda de la cama.

Se tragaba los peldaños de dos en dos. Bajó al aparcamiento a buscar el coche mientras se preguntaba si iría más rápido por paseo de San Juan o quizás por la calle Bailén. Se decidió por una solución intermedia. Al llegar a la calle Córcega dio una vuelta al volante y bajó por Bailén hasta Provenza. Encaró directamente, como un autómeta, el camino del hospital.

La encontró en el vestíbulo, de pie. Le pareció como si flotando. Tan frágil y pálida como la cera. Se le echó al cuello y se apretó contra su pecho abandonada del todo, desesperadamente.

—¡Ha muerto!... ¡Ramón ha muerto!

Lo sabía pero no se lo quería creer. No se lo podía creer. Pero un ligero escozor en los ojos delataba la realidad. Lo había sabido por la manera y

el tono de la llamada. Pero se resistía a creerlo porque la muerte, y aún más si es de golpe, siempre llega a traición, sin esperarla, inexplicablemente. No había podido nunca disimular demasiado sus emociones, pero se tragó las lágrimas que empezaban a desbordarse. Teresa necesitaba un apoyo firme y sereno. Él estaba dispuesto a cumplir esta función. Aunque le costara tragarse el salobre del dolor que, de repente, le pinchaba en lo más íntimo de su corazón.

Tan pronto ella se dio un leve respiro y se tranquilizó un poco, se sentaron en el banco frío de la pena y Víctor le pidió que se lo contara todo mientras esperaban la práctica de la autopsia en el Instituto Anatómico Forense que, en el Hospital Clínico se encuentra a escasos pasos de donde se hallaban.

—Explícamelo... que te quedarás más tranquila —casi le ordenó a Teresa.

—No sé por dónde empezar Víctor, pero ha sido horrible. Creo saber lo que ha pasado, pero creo también que no sabré como explicártelo. Tú eres, sin duda, su mejor amigo. Quiero decir, eras —y explotó en un largo y dramático sollozo.

Esperó, conmovido, y una nueva pausa. No sabía qué hacer, donde mirar, si dejarla en paz, si abrazarla. De repente ella se le colgó del brazo y comenzaron a pasear por el pasillo. Pasillo arriba, pasillo abajo. ¡Qué grandes son los ventanales del Clínico! ... más que grandes, enormes. No son

acogedores. No permiten la más mínima intimidad. Filtran la luz como de gris antes que se tiñan con los primeros rayos de sol. Qué pequeño te hacen sentir cuando la pena es tan grande. Que enormemente tristes son cuando el cielo lo quiere falto de entereza.

—Anda, mujer, que te sentirás mucho mejor si me lo cuentas todo. Sin perder detalle.

Abandonada al imperativo del amigo y con los ojos perdidos, anclados en el suelo, Teresa inició su relato.

—No creo que fueran ni las tres de la madrugada que me llamaron por teléfono. Me asusté por lo inusual de la hora. Ramón no estaba a mi lado, en la cama, y tuve un mal presentimiento. Una persona, que se esforzaba en ser amable, me preguntaba si yo era su esposa y, a continuación, si me podía desplazar a las costas del *Garraf*, antes de llegar a la fábrica de cemento de *Vallcarca*. ¿Está muerto?... se me ocurrió preguntar. Por favor, señora, es importante que venga, verá luces intermitentes y una grúa, venga lo antes posible, me dijo secamente no sin una cierta dulzura mi interlocutor. Una grúa... ¡Dios mío! ¡Qué es lo que puede haber pasado! ... Con absoluta certeza de lo que no quería ni imaginarme, llamé a mi hermano, incapaz como estaba para conducir.

Ramón había ido a *Vilanova i la Geltrú* a resolver no sé qué tema relacionado con las últimas elecciones. Se lo habían pedido del partido como

mediador para poner paz entre los de *Vilanova* y la dirección nacional. Como ya sabes, Ramón colaboraba en misiones de implantación en aquella comarca. La cita era a las nueve de la noche, cuando estaba previsto que se reunieran el comité local y el presidente comarcal. Todo normal. Como siempre.

Poco me podía imaginar lo que vi, pasado el tinglado de la cementera, no antes, como me habían dicho. Quizás lo habían situado antes por la dirección en la que circulaba el coche y también porque la Guardia Civil que hacía el atestado era de la comandancia de *Vilanova i la Geltrú*.

Efectivamente, necesitaron una grúa para izar del precipicio lo que quedaba del coche al que se había precipitado con violencia. Un peligroso abismo de los tan habituales en las costas malditas. Al lado de aquel amasijo de hierros deformes yacía, cubierto por una especie de sábana metálica dorada, el cuerpo de un hombre: Ramón.

El juez de guardia nos hizo reconocer el cadáver. Lo hizo mi hermano. Yo era incapaz. Ordenó el levantamiento y, ya nos ves, hacia aquí, hacia el Hospital Clínico para hacerle la autopsia. Mi hermano y demás familia están gestionando todos los enojosos trámites que conlleva una muerte. Y yo aquí, sola, sin nadie, esperando no sé exactamente el qué. Te he llamado. Ahora ya lo sabes prácticamente todo.

Víctor quería pellizcarse para darse cuenta de que todo no era un sueño. No sabía qué decir. El

silencio, que tampoco fue demasiado largo, le parecía una eternidad. Sin embargo, quería saber más. Lo inexplicable también tiene explicación. Se decidió, pues, a iniciar un breve interrogatorio:

—Venía de *Vilanova*... ¿no?

—Sí, había ido por el partido... ¡mierda de partido!

—Y, ¿a qué hora pasó el accidente?

—Me han dicho que lo sabrán cuando terminen con la autopsia.

—Pero me has dicho que te llamaron sobre las tres de la madrugada. Muy tarde, demasiado tarde para venir de una reunión aunque fuera complicada. Quizás le invitaron a cenar... pero también es muy tarde.

—Es que no sabemos la hora del accidente. Allá, en el fondo del barranco, vete a saber cuánto tiempo hacía que había volcado.

—Pero, en cualquier caso, es muy tarde para venir de una reunión.

—Por favor, Víctor, no me atosigues más... lo que realmente cuenta es que está muerto.

—Y... ¿Juan? ¿Por qué no lo llevaba él en el coche como era costumbre? Siempre iban juntos.

—Ya te he dicho que Juan se encontraba mal. Por eso decidió ir solo.

—No, no me habías dicho eso. No sé porqué no le acompañó Juan.

—¿Me quieres dejar en paz?... ¡por favor!... ¡no puedo más!... —y rompió a llorar en seco, sin una lágrima, dolorosamente.

Víctor se compadeció. Pero no lo veía claro. Su intuición le decía que no había nada claro. Más bien lo veía todo oscuro.

* * * * *

Le habían puesto en una capilla del primer piso —¿por qué le llamarán *capillas*?—. Cuando llegaron al tanatorio tuvieron que esperar largo tiempo hasta que les dijeron que ya estaba instalado. Prácticamente Víctor tuvo que subir a Teresa en volandas. Ni se dieron cuenta de que había ascensor. En realidad no se daban cuenta de nada. Les habían llamado por la megafonía un momento antes: *familiares de Ramón Baldá*. Nadie sabe si contestaron o no. El caso es que estaban en la salita previa a aquella en donde habían colocado el ataúd con los restos del difunto.

Teresa no se atrevió a entrar. Víctor creyó que era a él a quien tocaba hacerlo. I allá le vio, con señales videntes en el rostro que conservaba, todavía, una cierta palidez sonrosada, envuelto como estaba de una especie de pañuelo. Como aquellos que se ponían cuando se sufre de mal de muelas. Se daba cuenta de que, en el otro lado, la menuda humanidad de aquella mujer lloraba. No paraba de llorar.

Como no sabía exactamente qué hacer y le daba escalofríos enfrentarse a lo que sabía que pasaba al otro lado, decidió esperar un buen rato. El tiempo

justo para oír que se abría la puerta y aparecía el hermano de Teresa.

—He venido a buscarla. Más pronto que tarde correrá la noticia y tiene que descansar un poco. De otro modo, se nos deshará entre los dedos. Es demasiado fuerte lo que le pasa.

No tuvo respuesta ni mereció comentario alguno. Hizo entrar a la viuda y el amigo salió respetuosamente. Más que por respeto, por temor, porque presentía la escena. Oyó, sentado a fuera, de todo. Ahogados gemidos que imaginó sobre el féretro. Y gritos, gritos desesperados. Nunca había oído nada igual de Teresa. Cuando salieron, su hermano le pidió un favor:

—Si eres tan amable, quédate. Yo la llevo a casa, y así que haya descansado un poco y se tome un café con leche o algo caliente, volveremos. Te lo agradeceremos. ¡De veras!

Y Víctor se quedó solo. Completamente solo. Al otro lado de la puerta, el cuerpo inanimado de su amigo. Inerte, como los muertos de verdad. Detrás de la otra puerta, el mundo. El resto del mundo. ¡La vida!... Sentía, a la vez, el silencio del habitáculo y el tráfico ruidoso de los coches que iban hacia *Hospitalet* cruzando por delante del *Camp Nou*. Sí, definitivamente la vida. La vida que vive al margen de los muertos.

Sabía que, acompañado de aquella inmensa soledad, había de esperar largo tiempo. O que, a

buen seguro, se le haría muy largo.

Tenía que poner orden en sus pensamientos que se le mezclaban maliciosamente sin que su cerebro fuera capaz de ordenarlos un poco. Pasaba de una cosa a la otra. Sentía añoranza de fumar, ahora que hacía más de cinco años que lo había dejado... Sí, el tabaco debe ser una droga porque ahora lo necesitaba con ansiedad. Afortunadamente, pensó, no llevaba ni un triste cigarrillo encima y no era el caso de salir al pasillo o al vestíbulo para pedir uno a no se sabe quién. Del mal del tabaco no se acaba de curar del todo. Se le puede vencer, pero no curarse. O al menos era lo que pensaba él en aquellos momentos. Amén de entre otras muchas cosas.

¿Por qué estaba allí?... ¿qué es lo que estaba haciendo?... Hace tantos años que conocía a Ramón que ahora, en este preciso instante, no recordaba cuántos ni cómo. No era como un hermano, no. Siempre hubo algo que le hacía guardar una cierta distancia y le impedía abrirse del todo. Un buen amigo sí, un gran amigo.

A pesar de ello, no se identificaba ni con su manera de ser ni con su modo de hacer. Especialmente, con su modo de hacer. Tan pragmático, tan seguro de sí mismo, tan espejo roto que reflejaba sus mil y una caras. Porque Ramón no parecía tener una sola personalidad, la adaptaba a las circunstancias. Este hecho afectaba a la amistad que le tenía porque, al contrario de él, que era como un libro abierto, le impedía abrirle su corazón en canal. Como se abre a los amigos de verdad. A pesar de

todo, se sentían amigos. Se habían sentido. Y de los buenos.

Tantos proyectos como habían compartido y tantos otros que se habían confiado... y ahora... ¡todo a hacer puñetas! Tantos anhelos y tanta lucha, para acabar siendo un carné de identidad entregado al familiar más próximo y una esquila en el periódico habitual si es que alguien se acuerda de encargarla. Incluso le asaltaba aquella duda que tanto quema cuando se viven momentos como este, sobre qué es lo que hay cuando se cruza el umbral. Como la razón te dice que todo se ha acabado. Y, sin embargo, pensamos en el fondo del fondo, que somos un río nacido de madre que, en los meandros finales, se diluye en el mar como si desapareciera. Pero que no desaparece porque se transforma, a pesar de que el salobre final invada la dulzura de las aguas que le daban vida. Qué triste es la muerte... especialmente si nos falta la esperanza.

En aquel soliloquio, pensaba en su madre, que repetía demasiado a menudo que no le importaba morir. Que no le tenía miedo a la muerte. Sobretudo desde que murió el padre de sus hijos y se sentía tan desvalida. La felicidad de los matrimonios que se quieren la paga el que queda como tributo a esa felicidad, dando testimonio. Nada es gratis en esta vida. El ser feliz tiene un precio. Siempre tiene un precio. Y no podía dejar de pensar, también y obsesivamente, en la Roser y en sus hijas —por cierto, no la había telefoneado y lo iba a hacer de

inmediato—. Sí le tenía impresionado la fragilidad de Teresa, no se podía imaginar cómo reaccionaría su mujer en un caso parecido. Tan fuerte, en apariencia, y tan débil en el fondo, como él conocía tan bien. A él no, a él no le podía suceder nada igual. Sus hijas le necesitaban. Ramón no había tenido hijos. Y la Roser, aún le necesitaba más, pensaba...

A buen seguro que no haría más proyectos a largo plazo. Ni a largo ni a medio. Se lo diría a su mujer. ¡Se tiene que vivir!... se tiene que vivir la alegría de vivir. Darse cuenta de que estamos vivos y disfrutarlo... ¡pobre Ramón!... ¡pobre Teresa!... se les ha acabado todo. Del todo.

* * * * *

Regresaba a casa y aún le parecía ver aquel bultito sutil que ocupó el asiento, a su lado. Ahora que la había visto entrar en la sala del velatorio con el mismo chaquetón de piel, pero con un leve toque de maquillaje en el rostro, demasiado castigado hacía horas.

—¡Gracias!

Seguramente le había dado un beso, pero Víctor marchó a toda prisa. No quería ser protagonista de una historia que le golpeaba demasiado fuerte. Se ducharía y se volvería a la cama. Necesitaba descansar. Hoy no iría a trabajar. Por la tarde,

volvería al tanatorio.

Cuando Roser volvió a casa al mediodía, todavía estaba tendido en la cama. Con el alboroz, medio adormilado. Su mujer le miró y sintió que le amaba... se le echó encima y se abrazaron con vehemencia, en un silencio tan sonoro que podían sentir los latidos del corazón. Un abrazo puede decir más que muchas palabras. Cuando se necesita de verdad el calor del ser querido, las palabras suelen sobrar. El deseo es ruidoso, intempestivo, el amor de verdad es en silencio. Susurrando al oído.

De repente Víctor la apartó y se levantó de la cama como tocado de un relámpago. Su mujer estaba acostumbrada a estas reacciones, pero esta vez quedó sorprendida.

—¿A dónde vas?

—Voy a llamar a los de *Vilanova*.